

A las puertas del tercer milenio

LA proximidad del año 2000 está presente ya entre las preocupaciones de la Iglesia y del Papa. Juan Pablo II lo reconoce expresamente en un documento «Tertio Millennio adveniente» que ha sido publicado hace algunas semanas. Afirma que, sin dejarse llevar por el atractivo «milenarista» del cambio de siglo y de milenio, es ésta una de las claves hermenéuticas para comprender el actual pontificado.

En dicho documento, que recoge en parte las aportaciones de los cardenales reunidos en Consistorio a mediados del 93, se resalta la importancia que el tiempo tiene para el cristianismo. Somos pasajeros pero en camino hacia la eternidad. Cada segundo va cincelandando en nosotros un rasgo de aquel rostro que tendremos para siempre. Los «jubileos» de algún modo expresan esta unión de tiempo y eternidad. Son los jubileos un momento privilegiado para hacernos conscientes, recordar a dónde vamos, corregir el rumbo y adelantar ya aquí lo que constituye la plenitud del más allá: una vida feliz porque se vive en cercanía de hijos y de hermanos definitivamente solidarios. El Papa en su documento mira al pasado y menciona el rostro desfigurado de la Iglesia. Pero mira también y sobre todo al futuro y nos invita a una cuidadosa preparación para hacernos más presentes a Cristo, al Espíritu y al Padre de todos. Indica el

Papa en su documento plazos, metas y celebraciones específicas. Este puente entre pasado y futuro nos invita también a nosotros a una reflexión.

Mirada lúcida al pasado

EL documento pontificio menciona casi de pasada y de manera muy general las «formas de antitestimonio y escándalo» que los hijos de la Iglesia han dado a lo largo de los siglos. Cita la desunión de los cristianos y los métodos de intolerancia y violencia. Se dijo el año pasado que el Papa tenía intención de ir más allá en el reconocimiento y denuncia de males concretos pero que los cardenales aconsejaron evitar un juicio duro al pasado y concentrarse preferentemente en el presente. El texto de la carta del Papa, de forma velada, pudiera confirmar esta afirmación. **«Un serio examen de conciencia ha sido auspiciado por numerosos cardenales y obispos sobre todo para la Iglesia del presente».**

Posiblemente muchos cristianos nos hubiésemos sentido más cercanos a una confesión de culpas más decidida y explícita.

Por descontado que un documento eclesiástico no es un volumen de pormenorizada historia de la Iglesia. Pero esta Iglesia, que se declara a sí misma necesaria para la salvación y que afirma estar en posesión de la verdad tiene muchas páginas oscuras en su historia. Está, también ella, traspasada por la contradicción de predicar con fuerza —y hasta con algún tono de prepotencia— un mensaje exigente y sin fisuras y seguir una práctica pactista y cómplice con la injusticia, la insolidaridad, el autoritarismo y la rutina. Todo ello tiene nombres concretos y fechas. Por miedo la Iglesia se ha sometido en no pocas ocasiones a los poderes civiles y por ambición ha pretendido otros controlarlos y no precisamente «por la causa santa de Dios». Con demasiada frecuencia ha confundido y mezclado —¿tan inculpablemente?— la ley de Dios que debía anunciar con las «tradiciones», los particularismos o los propios intereses.

Mirada exigente al presente

LA carta del Papa sobre el jubileo del año 2000 invita a hacer un examen sobre nuestro hoy. Toda oferta atractiva de salvación, y esto es en realidad la misión de evangelizar, exige del evangelizador la capacidad de ser creíble. Ahora bien, no son pocas las personas que sienten un rechazo indisimulado frente a la Iglesia. Si exceptuamos algunos períodos de este siglo, breves y que pertenecen a la época del Concilio, habrá que reconocer que la relación de la Iglesia con su entorno socio-cultural está cortocircuitada por la desconfianza, la autodefensa recelosa o la condena mutuas. Se puede decir, como tónica general, que a las preguntas de un hoy casi mañana la Iglesia ofrece no pocas veces las respuestas de un ayer casi anteayer. El «Cristo sí, iglesia, no» se ha convertido hoy casi en un slogan.

Esta mirada al presente hay que hacerla abriendo los ojos pero también el corazón. Y así iniciar un reconocimiento que, si es sincero, puede resultar doloroso. Pero nos posibilitaría tanto a las personas individuales como a la comunidad creyente esa renovación a que invita Juan Pablo II en su carta.

Hacia dentro de la propia Iglesia y comenzando cada uno por sí mismo, diríamos que hace falta una conciencia más viva del mensaje de Jesús el Señor y sus exigencias en lugar de subrayar reiteradamente la dimensión institucional, ciertas doctrinas morales o la necesidad de prestar obediencia. Con frase simple y por el atajo: Más Dios y Evangelio y menos moral y estructura. No propugnamos una alternativa excluyente: esto o aquello. Creemos en una afirmación confluyente: Esto y aquello pero respetando los niveles de importancia.

Con los de cerca (cristianos de otras iglesias cristianas) sería preciso rescatar la actitud de Juan XXIII: insistir más en lo que une que en lo que separa. El año pasado se hacía público un nuevo Directorio Ecuménico. Las grandes líneas prolongan en principio el espíritu de diálogo del Concilio. Sin embargo cristianos de otras confesiones, en menor o mayor grado, han percibido algunos acentos distintos. Casi

disonantes. Se insiste en la afirmación de que la Iglesia católica está en posesión de plenitud de la verdad, se afirma la «jerarquía de verdades» aunque se matiza (restrictivamente) la formulación del Concilio, se restringen las posibilidades de compartir la eucaristía con cristianos de otras comunidades eclesiales, se subrayan las cautelas a tomar ante profesores cristianos no católicos que dicten algunos cursos en universidades católicas. Más de uno de los lectores protestantes ha creído ver en el documento católico no tanto el deseo de caminar todos hacia el encuentro en Cristo cuanto la actitud «católica» de aguardar el retorno de los que un día se fueron de la verdadera Iglesia. Resulta llamativo que el diálogo inter-religioso (con los no cristianos) pueda ejercer un mayor atractivo que el diálogo ecuménico (con los cristianos).

HACIA fuera: *El mensaje que debe anunciar la Iglesia —y en esto consiste la evangelización— no tolera manipulaciones interesadas. El potencial de locura y de escándalo que ese mensaje tiene (Jesucristo, muerto y resucitado, salvación de los hombres) no debe ser disimulado.*

Pero estaremos añadiendo nuevas dificultades —y éstas no provienen ya del mensaje en sí mismo sino de nuestra rutina o nuestra miopía— si pretendemos ignorar encrucijadas de la historia relativamente reciente, como puede ser la Ilustración.

Hacia los abandonados. *Hay muchos que en la Iglesia viven entregados a suavizar el dolor y a erradicar la injusticia.*

Pero quizá una buena parte de nosotros parecemos más preocupados por la defensa de los derechos de nuestra Iglesia que de las necesidades de los pobres. Tal vez nos interesa más saber el número de los que van a misa que el número de los que pasan hambre.

La carta del Papa contiene una detallada programación para la preparación del jubileo del año 2000. Establece dos fases de preparación, la remota del 94 al 97 y la próxima del 97 al 2000. En esta última, cada uno de los años está dedicado a Cristo, al Espíritu Santo y finalmente al Padre. Como concreción se propone una revitalización de los sacramentos (Bautismo, Confirmación, Penitencia), de las tareas (la nueva

evangelización, la unidad dentro de la Iglesia, el diálogo inter-religioso), de las presencias (opción preferencial por los pobres). Y se anuncian algunas celebraciones solemnes, como el Congreso Eucarístico en Roma el año 2000 y un encuentro panecristiano.

Mirada esperanzada al futuro

QUIERE ello decir que el recuerdo del pasado y el examen del presente deben orientar nuestra preparación hacia el futuro. No tiene mucho sentido, pretender adivinar «cómo» será el año 2000. Es mucho más realista, y por supuesto fructífero, ir haciendo ya realidad ese futuro en nosotros. Para este futuro consideramos de importancia el compromiso por hacer de la Iglesia una comunidad **más cercana**. Es innegable un proceso de centralización en la Iglesia que la hace aparecer, a pesar de afirmaciones repetidas, como una especie de multinacional, cuyo alto **staff** directivo se encuentra en el Vaticano y cuyas directrices se transmiten y exigen, con vertical eficacia, a los delegados regionales y locales. El principio de subsidiariedad debe aplicarse en la Iglesia con mucha mayor decisión, de modo que el Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, presida en la caridad y en el pluralismo y no en la uniformidad monolítica. Y deseamos, lo cual implica que cada uno de los católicos asumimos esta carga, una Iglesia **más comprometida** con las necesidades de los hombres. Es constante, sobre todo en el último siglo, la proclamación y defensa que la Iglesia hace de los derechos humanos. Valores cristianos, que en el siglo XVIII se traducen en la versión agresivamente laica, de libertad, igualdad y fraternidad, han vuelto a ser acogidos positivamente por la Iglesia en el Concilio. Nos tememos, sin embargo, que la vida diaria de la Iglesia hipoteca en este caso con severas cargas sus declaraciones solemnes.

El futuro espera que nosotros recuperemos algo que hemos hasta cierto punto perdido. La palabra de la Iglesia debe acercarse mucho más a la de su propio Fundador y Fundamento: más invitación atrayente que decreto o puntualización ortodoxa.